

nes aliadas, de cuyos intereses no se apartaría en aquellas regiones.»

Fácilmente se colegirá que del disgusto del gobierno francés participaba con energía la Francia entera, que se veía abandonada precipitadamente por sus aliados, después de haberse perdido tantos meses que permitieron al gobierno de Juárez fortificar puntos que la naturaleza había ya hecho formidables y aumentar su ejército, mientras que los aliados discutían constantemente hasta acabar en un lastimoso rompimiento. La Europa entera no dejó duda alguna de cómo apreciaba los hechos, y la caída del ministerio español después de los elocuentes discursos que se pronunciaron en las Cortes españolas, mereció la aprobación general.

La Inglaterra aprobó también la ruptura. Su egoísmo tradicional, sus pocas simpatías por la raza latina y por el catolicismo, el miedo á los Estados- Unidos, la dificultad de movilizar sus tropas y el regocijo del mal ajeno, la hicieron desaparecer de una empresa cuyo mal éxito le alcanzaría en su día y se lo harán sentir los Estados- Unidos.

CAPÍTULO IX.

El ejército francés en Orizava.—Pronunciamento de Córdoba y Orizava en favor de la intervención.—Se le une la brigada Galvez.—Proclama de Almonte.—Ataque á Puebla.—Descalabro de los franceses.—Se les une el general Márquez.—Derrota de las fuerzas mexicanas por las francesas en Orizava.—La prensa en México.—Va allá el ministro inglés y se vuelve amigo del gobierno.—Hace con este un tratado que no aprueba la Inglaterra.—El secretario español lleva á México un proyecto de tratado.

Volvamos á México.—Con arreglo á los convenios de la Soledad, la fuerza francesa salió de Orizava dejando allí los enfermos. El general Zaragoza, el mismo día que había dirigido una fuerte intimación á los aliados para que no avanzaran (intimación de que no hicieron caso), reclamó contra la poca fuerza que decía había quedado en Orizava el 19 de Abril, después de algunos pequeños encuentros de su caballería con las tropas de Juárez, que fueron rechazadas.

Al mismo tiempo las ciudades de Córdoba y Orizava se adherían con entusiasmo á la intervención, y el general Galvez se unía con su brigada al ejército francés.

El 21 dirigió el general Almonte á los mexicanos una proclama en que les decía:

«Al volver, pues, al seno de mi patria, os diré que no vengo animado de otro sentimiento que el de contribuir á la pacificación de la República y el de cooperar al establecimiento de un gobierno nacional, verdaderamente de moralidad y orden, que haga cesar para siempre la anarquía, y que dé suficientes garantías para las vidas y propiedades, tanto de nacionales como de extranjeros.»

«Extraño á la sangrienta lucha que por tantos años ha destrozado á nuestro hermoso país, escandalizando al mundo entero hasta el grado de llamar seriamente la atención de las grandes potencias occidentales de la Europa, mis esfuerzos se encaminarán siempre á procurar la reconciliación de nuestros hermanos, y hacer desaparecer de entre ellos los odios y las desavenencias. Por fortuna, para conseguir un objeto tan noble, no tengo que desear ninguna venganza, ni tampoco que pedir ninguna recompensa. Premiado suficientemente por la nación, por los servicios que era mi deber prestarle antes de su independencia, mi único anhelo hoy es de poderla ofrecer el último y mas importante antes de descender al sepulcro, y ese servicio es el de procurarle la paz de que ha carecido por tanto tiempo.»

«Almonte, dice el embajador Sr. Mon, no se habia presentado allí con ninguna misión, no habia manifestado su pensamiento hasta que las tropas españolas se habian embarcado, hasta que allí que-

daron solas las tropas francesas, que le habian acogido, que habian defendido su vida, que le habian libertado de sufrir la misma suerte que el infortunado Robles Pezuela.»

El general Almonte acompañó al ejército francés que siguió para Puebla, cuyos cerros de Guadalupe y Loreto defienden natural y fácilmente aquella ciudad, que el gobierno de Juárez habia tenido tiempo de fortificar, reuniendo allí todo su ejército y todos los recursos de que podia disponer. Era la opinión de algunos mexicanos que sabian como se habia tomado esa ciudad en la guerra civil tantas y tantas veces, y aun habia alguno entre ellos, como el distinguido Sr. Haro, que la habia tomado una vez, que se debia prescindir del asalto á aquellos cerros formidables y dar la vuelta y atacar por el Carmen, punto descubierto; pero los franceses, sin tener en cuenta el peligro, dieron el asalto el 5 de Mayo sin éxito alguno. Este contratiempo obligó á los franceses á retirarse á corta distancia, al cerro de Amalucan, donde permanecieron hasta el día 8, esperando á que los atacasen las fuerzas juaristas que los seguian á alguna distancia; pero no se decidieron á acometerlos. Lorencez se volvió entonces con sus tropas á Orizava.

El 18 vino el general Márquez con su división, llamado por Almonte, á reunirse con los franceses, derrotando á las fuerzas juaristas que en Barranca

Seca se oponían á su paso, y con este acto, ejecutado despues del contratiempo de los franceses, probaba cuán arraigadas eran las ideas monárquicas de ese general mexicano, y cuánta confianza tenia en el éxito de una empresa que le constaba ser recibida con gozo por la parte sana del país. El general Zaragoza vino poco despues hasta Orizava con sus fuerzas, engrosadas por una division de Gonzalez Ortega; pero los franceses sorprendieron esta última y la derrotaron en el cerro del Borrego. Zaragoza, que ignoraba esa derrota, atacó sin éxito á Orizava y tuvo que levantar el campo. El ejército frances se fijó en Orizava.

El gobierno de Juárez, que como hemos dicho, al ver llegar las tropas españolas en Enero se habia expresado fuertemente en la prensa y excitado la opinion contra la España, tratando con mucha consideracion á la Francia, hizo todo lo contrario despues de la retirada de los españoles. La política de la España fué encomiada, y el discurso que el general Prim habia pronunciado sobre la cuestion de México tres años antes en el senado, se imprimió, fué distribuido con profusion por todo el país, y se volvieron los ataques contra la Francia.

El ministro de Inglaterra Sir Charles Wyke, satisfecho de la ruptura de los aliados, se marchó á México á proponer al gobierno de Juárez un tratado especial con la Inglaterra para arreglar los nego-

cios pendientes entre ambos países. Increible parece que el mismo diplomático inglés que en documentos oficiales habia usado pocos meses antes de un lenguaje tan violento contra el gobierno de Juárez, á quien llamaba *corrompido é impotente*, no viendo más remedio para México que la *intervencion extranjera*, volviese á la capital, despues de haber roto solemnemente sus relaciones con aquel gobierno é invitado al suyo á enviar fuerzas para castigarlo. Pero el representante inglés olvidó esto y otras muchas cosas, mostrando una repentina simpatía é intimidad con el gobierno de Juárez, de que no hizo misterio y que le fué recompensada con la celebracion de un tratado que la Inglaterra no aprobó.

El secretario del plenipotenciario español, Sr. Ceballos, siguió tambien para México despues de la ruptura, y no se mostró descontento de la acogida que le hizo el ministro Doblado, segun informó á su gobierno; pero al mismo tiempo le dió cuenta en despacho de 18 de Mayo, «de que habia hallado á la mayoría de los súbditos españoles irritados hasta la exasperacion, por la conducta seguida por el señor conde de Reus desde su llegada y por la retirada de las fuerzas españolas.»

El Sr. Ceballos entregó á Doblado un proyecto de tratado que el conde de Reus le dió cerrado y sellado. El gobierno de México se mostraba dispuesto á celebrar uno análogo al que estaba haciendo con

Sir Ch. Wyke; pero el gabinete de Madrid, obrando en esto con mas cordura, no se prestó á ello, creyendo que todavía no estaba desligada la España del tratado de Londres.

CAPÍTULO X.

Impresión en Francia por el descalabro de Puebla.—Carta del emperador al general Lorencez.—Envío de nuevas fuerzas.—Las manda el general Forey.—Carta de Napoleón á este general.—Relaciones de Francia y España.—Renuncia del Sr. Mon.—Le reemplaza en París el marqués de la Habana.—Incidente de su presentación al emperador.—Buen deseo del marqués para conseguir obrando de acuerdo con Francia.—Actitud de esta.—Discusion en España.

En Francia, tan acostumbrada á la victoria, habia causado la conmocion que era natural el descalabro de Puebla; y aunque en él habia quedado ileso su honor militar, todo el país se conmovió y pidió á una voz se enviasen fuerzas bastantes para hacer olvidarlo y llegar triunfantes hasta México. En el cuerpo legislativo se votaron sin discusion los fondos necesarios para una nueva y fuerte expedicion, y se aparejaron sin demora los bastimentos que deberian llevarla. Esta noticia fué tanto mas sensible, cuanto que se veia la prolongacion de una empresa que habia sido objeto de la oposicion violenta de la mi-

noría de las cámaras francesas, de una parte de la prensa y de los que veian en esa prolongacion futuros compromisos para la Francia. Pero por otra parte, su honor militar estaba empeñado, la cuestion de sus nacionales y la política quedaban en pié, y era preciso ir adelante para hacer constar con los resultados la necesidad de la expedicion.

El emperador escribió una carta al general Lorencez, en que le decia la mortificacion con que supo el descalabro en Puebla; que eso no era una razon para desanimarse; que el honor del país estaba empeñado; que habia hecho bien de proteger al general Almonte, y que todos los que buscasen un abrigo en la bandera francesa tenian derecho á igual amparo; S. M. no deseaba imponer un gobierno cualquiera, sino la prosperidad y la independenciam de ese bello país y la sinceridad de sus relaciones con la Europa. S. M. aprobaba la conducta del general Lorencez, «aunque, decia S. M., parecia que no todos la comprendian bien.»

Sin embargo, al decidir el envío de nuevas fuerzas, se nombró general en gefe de la expedicion al general Forey, confiriéndole al mismo tiempo sus poderes como plenipotenciario, y el emperador creyó conveniente dar á conocer su pensamiento, como lo hizo en la siguiente notabilísima carta:

«Fontainebleau, 3 de Julio de 1862.—Mi querido general: en los momentos en que vais á partir para

México, encargado de los poderes políticos y militares, creo útil daros á conocer mi pensamiento.

«He aquí la línea de conducta que debéis seguir: 1.º, dar á vuestra llegada una proclama cuyas principales ideas se os indicarán; 2.º, acoger con la mas grande benevolencia á todos los mexicanos que se os presenten; 3.º, no prohibir las querellas de partido alguno; declarar que todo es provisional hasta que se pronuncie la nacion mexicana; mostrar una gran deferencia por la religion, pero tranquilizando al mismo tiempo á los poseedores de bienes nacionales; 4.º, alimentar, pagar y armar, conforme á vuestros medios, á las tropas mexicanas auxiliares; dejarlas que en los combates tengan la parte mas lucida; 5.º, mantener la mas severa disciplina en vuestras tropas como en las auxiliares; reprimir vigorosamente todo acto ó palabra que pueda herir á los mexicanos, porque es necesario no olvidar la fiereza de su carácter y lo que importa al éxito de la empresa el conciliarse ante todo á las poblaciones.

«Cuando llegemos á México, será bueno que las personas notables de todos los matices que hayan abrazado nuestra causa, se entiendan con vos para organizar un gobierno provisional. Este gobierno someterá al pueblo mexicano la cuestion del sistema político que deberá establecerse definitivamente; en seguida se convocará una asamblea segun las leyes mexicanas.

«Ayudareis al nuevo poder para que su administracion, sobre todo la Hacienda, tenga esa regularidad de que la Francia le ofrece el mejor modelo: con este objeto se le enviarán hombres capaces de secundarle en su nueva organizacion.

«El objeto que debe alcanzarse no es imponer á los mexicanos una forma de gobierno que les sea antipática, sino ayudarles en sus esfuerzos para establecer, segun su voluntad, un gobierno que tenga probabilidades de estabilidad y pueda asegurar á la Francia la satisfaccion de los agravios de que se queja.

«Por supuesto que si prefieren una monarquía, el interes de la Francia pide que se les apoye en esa via.

«No faltará quien os pregunte: ¿por qué vamos á gastar hombres y dinero para fundar un gobierno regular en México?

«En el estado actual de la civilizacion del mundo, la prosperidad de la América no es indiferente á la Europa, porque ella alimenta nuestras fábricas y hace vivir nuestro comercio. Tenemos un interes en que la República de los Estados-Unidos sea poderosa y prospere; pero no tenemos ninguno en que se ampare de todo el Golfo de México y desde allí domine las Antillas y la América del Sur, y sea la única dispensadora de los productos del Nuevo Mundo. Por una triste experiencia vemos

hoy lo precaria que es la suerte de una industria que está reducida á buscar á su materia primera un mercado único, cuyas consecuencias tiene que sufrir.»

TERCERA PARTE.

CAPITULO I.

Situación en México y Orizava.—El partido monárquico.—El por qué de la autoridad de Almonte.—La desaprobación del general Forey.—Proclama de este en Veraeruz.—Abnegación de Almonte.—Nuevas medidas en México.—Actitud del cuerpo diplomático.—Ejército mexicano.—Proclama en Córdoba del general Forey.—Otra en Orizava.—Su orden del día.—General Comonfort.—Sitio y toma de Puebla.—Las autoridades mexicanas huyen al interior.—Pronunciamiento en México por la intervención.—Entrada del ejército franco-mexicano en México.—Entusiasmo que produjo.—Notable comunicación del general Forey.—Carta de Napoleon.

Mientras el general Lorencez recibía nuevas instrucciones de Paris, había establecido, como hemos dicho, su cuartel general en Orizava, juntamente con las tropas mexicanas que se le habían unido. Las del gobierno republicano, escarmentadas con lo que les había pasado en el cerro del Borrego y en Orizava mismo cuando atacaron á los franceses, y en Barranca Seca cuando atacaron al general mexicano Márquez, no volvieron á embestir la plaza, ni hacer demostración alguna contra ella. Sin embargo

TERCERA PARTE.

CAPITULO I.

Situación en México y Orizava.—El partido monárquico.—El por qué de la autoridad de Almonte.—La desaprobación del general Forey.—Proclama de este en Veraeruz.—Abnegación de Almonte.—Nuevas medidas en México.—Actitud del cuerpo diplomático.—Ejército mexicano.—Proclama en Córdoba del general Forey.—Otra en Orizava.—Su orden del día.—General Comonfort.—Sitio y toma de Puebla.—Las autoridades mexicanas huyen al interior.—Pronunciamiento en México por la intervención.—Entrada del ejército franco-mexicano en México.—Entusiasmo que produjo.—Notable comunicación del general Forey.—Carta de Napoleon.

Mientras el general Lorencez recibía nuevas instrucciones de Paris, había establecido, como hemos dicho, su cuartel general en Orizava, juntamente con las tropas mexicanas que se le habían unido. Las del gobierno republicano, escarmentadas con lo que les había pasado en el cerro del Borrego y en Orizava mismo cuando atacaron á los franceses, y en Barranca Seca cuando atacaron al general mexicano Márquez, no volvieron á embestir la plaza, ni hacer demostración alguna contra ella. Sin embargo